

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### Valores y Reinos II

Manuel Revilla Peñaranda

**Nota del autor:**

¡Atención! ¡Alerta de Spoiler! Si lees estos capítulos sin haber leído los libros anteriores perderás el factor sorpresa. Valores y Reinos es una historia que crece y evoluciona a medida que la lees, así que merece la pena disfrutarla de principio a fin sin anticipar su desarrollo. ;)

*A mis hermanas*

*A mis padres*

*A todas las personas que en algún momento de la vida  
se cruzaron conmigo y, para bien o para mal,  
me hicieron ser como soy.*

**E**steban daba grandes bocados a una hogaza de pan al mismo tiempo que desgarraba con los dientes una barra de cecina. El gusto de aquella carne seca no le recordaba a ningún animal que hubiera comido antes, pero el hambre que tenía le hacía ignorar su procedencia y engullirlo como si fuera el más sabroso manjar. Sobre la pequeña mesa, tenía una jarra de vino a la que daba pequeños sorbos para remojar su garganta y evitar que se quedase allí atascado lo que comía. Su espalda reposaba inquieta sobre el respaldo de su silla perfectamente orientada para poder vigilar al mismo tiempo la puerta de entrada a la espaciosa sala y la gran mesa donde se encontraba Damián. La tahurería en la que estaban se hallaba ubicada en la parte baja de Khronia y aunque la zona era peligrosa y poco transitada, era allí donde se jugaban los dineros y las pertenencias los vasallos de alcurnia, barones y señores acaudalados.

El joven observaba cómo Damián recogía los dados y los lanzaba sobre la mesa. Se comenzaba una nueva partida y los jugadores debían saber quién era el que empezaba.

—¡Quince!, un buen número para ser el primero —dijo Damián a sus oponentes.

—No tan rápido Damián —le contestó el jugador situado a su diestra mientras recogía los tres dados de encima de la mesa.

Con un ágil movimiento de manos, el viejo barón arrugado por la edad, sorprendió a todos cuando sacó diecisiete puntos.

—¡Y me ha faltado poco para sacar par de seises en los tres dados! —dijo riendo con la boca desdentada.

La sala donde jugaban se encontraba en aquellas horas del atardecer abarrotada de gente bebiendo y comiendo mientras disfrutaban de los juegos que les proporcionaba el tablero. No todos ellos jugaban a los dados, algunos señores preferían apostar sus posesiones en juegos de tablas, que se hallaban apoyadas sobre una rica alfombra en el suelo, sentados los jugadores a su alrededor sobre confortables cojines de colores. El ruido de las fichas moviéndose por los tableros se unía a los secos golpes de los dados y a la algarabía general, llegando en algunos momentos a ocultar la entretenida melodía que se esforzaba en tocar un músico de vistoso atuendo con su laúd. El atento tablero recorría las mesas, recogiendo los dados o los tableros que ya no se usaban, y los colocaba otra vez según fuese requerido por los allí presentes, mientras que su hijo recorría la sala sustituyendo las velas consumidas por otras nuevas en los múltiples candelabros que había sobre las mesas, las paredes y las bajas lámparas. El tablero no quería que a sus clientes les faltase ni luz ni juego para mantenerlos allí toda la noche si fuese preciso, mientras su mujer y su hija repartían generosas jarras de vino y viandas

al tiempo que se cobraban sus servicios.

Tras la tirada de los seis jugadores el viejo barón volvió a reír con ojos pícaros, por ser él el que tirase el primero en la nueva partida. Las apuestas habían ido aumentando a lo largo de la tarde y en aquel momento cada jugador debía poner sobre la mesa dos monedas de plata para poder participar. Sin apartar los ojos de la torre de doce relucientes monedas en el centro de la mesa, cogió dos dados con su huesuda mano y remojándose los labios con la lengua, los lanzó a la mesa siguiéndolos rápidamente con la mirada.

—Un par de treses... mmm, no me gusta, pero ese es mi azar.

Agitó su mano diestra con el dado que faltaba en el interior y lo lanzó bajo la atenta mirada del resto.

—Y un cinco... en total once —dijo contrariado el viejo.

Esteban giró la cabeza para mirar a la hija del tablajero, una chica entrada en carnes que aparentaba ser toda una mujer a pesar de su poca edad. Su prominente desarrollo hacía que ya luciera un escote tan abultado como el de su madre, lo que provocaba que los jugadores se distrajeran cuando ella pasaba a su lado o se inclinaba para servirles más bebida. El tablajero era consciente de las miradas libidinosas de los jugadores, pero sabedor de que las mujeres atraían más a los hombres a su tahurería, las dejaba pasear entre sus clientes con vistosos golpes de cadera. Si algún cliente quería algo más también podía ofrecerle algún lecho caliente con alguna de las chicas que tenía en la casa de lenocinio contigua y si algún cliente elegía a su hija, todo sería cuestión de negociar, pues al fin y al cabo su época de doncella había terminado hacía mucho tiempo ya.

El joven seguía con la mirada a aquella joven sin poder dejar de compararla con Zione. Evidentemente aquella chica de pelo rizado castaño y curtida piel no salía bien parada con respecto a la belleza y delicadeza de la maga. Los toscos movimientos con los que se desenvolvía entre los grupos de hombres y sus elevadas carcajadas desmerecían siquiera la comparación, pero quizá fuese la forma de su cuello o el contorno de sus ojos lo que le recordaba a la maga, impidiéndole dejar de mirarla. Hacía ya tres meses que había llegado a Khronia y ese era el tiempo en que no la había vuelto a ver. Su corazón estaba entristecido por ello y sus pensamientos se tornaban en muchas ocasiones pesarosos y opresivos. ¡Hacía tanto tiempo que no veía a nadie conocido! ¡Hacía tantos meses que no veía a sus seres queridos! Sus pensamientos escapaban por la noche pensando en sus padres y en sus hermanos, de los que nada sabía. En varias ocasiones había preguntado a Damián si había oído alguna noticia del ministro pesquisidor y de los humanos que le acompañaron desde la torre de Aymeric, pero siempre había obtenido una respuesta negativa. Nada se sabía de los que partieron con él y apenas se sabía nada de Greg.

Esteban recordaba continuamente la pelea que provocó el gran capitán orco de la pluma roja en la que participaron sus hermanos y que había hecho que el ministro los seleccionase para llevarlos consigo. En muchas ocasiones se imaginaba entrando en la pelea él mismo y tumbando a puñetazos al enorme orco y en no pocas ocasiones se imaginaba entrando en la pelea y recibiendo un gran puñetazo que le hacía caer y caer por un profundo despeñadero sin que sus hermanos pudieran hacer nada. En su caída

se sentía solo y abandonado y aunque la angustia le hacía salir rápidamente de su sopor, la sensación permanecía con él durante horas. El maldito orco le había separado de sus hermanos y el odio que sentía hacia él era intenso. Cada vez que pensaba en ello un acto reflejo le hacía apretar el puño con fuerza. Si él hubiera sido más fuerte o más valiente, no hubiera dudado en matarle cuando pudo; de esa manera no se hubiera quedado solo, como estaba ahora. Quizá si hubiera ocurrido eso le hubieran matado a él al instante, pero posiblemente eso no habría sido peor que la vida que llevaba ahora. Desde que Damián le cogió como protector y le llevó con él a su casa, tenía la obligación de acompañarle a todos los lados como si fuera su propia sombra y velar por su seguridad en la ciudad más peligrosa de Isi. No se podía quejar de que no estuviera bien alimentado, al contrario que otros jóvenes que deambulaban por las calles de Khronia de cuerpos esqueléticos; ni tampoco de no tener un techo para pasar el frío invierno, pues Damián le había proporcionado una alcoba al lado de las caballerizas de su casa, pero en estos meses de convivencia con él había tenido que hacer cosas que no hubiera imaginado nunca.

—Tendremos que cortarte un dedo de la mano si no sacas pronto un par —dijo jocosamente Damián a Dagoberto, uno de los señores vasallo del conde Alcuino de Hincmar.

El señor volvió a coger los dos dados para rápidamente lanzarlos sobre el tablero, sin que consiguiera tampoco obtener su ansiado par.

—¡Id afilando vuestras dagas! —instó al resto de jugadores el maestro constructor.

Dagoberto lanzó nuevamente los dados, que rebotaron varias veces por la mesa hasta mostrar sobre su cara superior un par de doses.

—Está claro que hoy no es mi día —resolló el señor.

—¡Olvídate de tus monedas! —añadió el viejo barón.

—¿Os he contado ya que en mi camino hacia Khronia junto con las tropas del rey, nos atacaron en la noche las hadas? —preguntó Damián mientras levantaba su copa para darle un buen sorbo.

—¡Ah! Esas putas rencorosas —exclamó Etelsedo, un barón de Khronia al servicio de la corte—. Un día tendremos que limpiar los bosques de su presencia.

—Mientras dormíamos liquidaron a varios de los campesinos con los que viajaba. Los ignorantes no sabían del letal poder que envuelve su belleza.

—¡Malditas enanas aladas! ¡Las atravesaría con mi espada a decenas! —rugió Etelsedo—. A mi joven sobrino lo mataron ellas, sin llegarle a crecer la barba en el rostro.

Esteban se reclinó para atrás y miró las lámparas del techo, dejando que su enmarañada melena rubia quedase colgando tras su espalda. Desde que había salido de Thelín, no había tenido tiempo de arreglarse el pelo ni tampoco apenas tiempo para cuidar su cuerpo. Subió su brazo siniestro por encima de su cabeza para dejar caer desde su mano el último pedazo de pan que le quedaba. El trozo cayó certeramente en su boca abierta, que le esperaba salivando. La manga de su camisola cayó sobre su hombro y quedó mirando su brazo amoratado y sus manos sucias. Si una cosa no había dejado de hacer desde que llegó a Khronia era ejercitarse y recibir golpes. Damián había pagado a un maestro gimnástico para que le enseñase en las artes del combate y a los pocos días de llegar ya se encontraba entrenando su cuerpo todas las mañanas en agilidad, fuerza y resistencia y aprendiendo el manejo de armas cortas. Los combates

con su maestro eran duros y agresivos y muchos días había acabado con el labio o la ceja partidos y con el cuerpo contusionado y magullado. Al mediodía trabajaba con los sirvientes de la casa de Damián, colaborando con las tareas diarias para ganarse el sustento que recibía y la inversión que su señor estaba realizando en él y por las tardes debía acompañarlo allá donde fuera y hacer todo lo que le pidiese.

—¡Jaja, un par de seises! —rio Bernardo, al que llamaban el Tuerto por faltarle un ojo—. ¡Esas monedas llevan mi nombre!

Esteban volvió a bajar la cabeza y miró a los compañeros de Damián en la partida de dados. Allí se encontraba una pequeña representación de la baja nobleza del Oeste. Durante los últimos meses el maestro constructor se había movido mucho por Khronia, atareado en múltiples proyectos desde que viniese de Torviso. La gran cuadrilla de peones que trabajaban afanosos para él levantaba grandes construcciones con las piedras de las montañas que les traían los canteros y con los que trataba Damián. Todavía le daban escalofríos cuando su señor se enteró de que uno de los canteros se negaba a seguir trabajando para él y de que había peleado con uno de sus peritos artesanos que organizaban las obras. Esa tarde acompañó a su señor a la choza donde vivía el cantero y tras encontrarlo allí cogido de improviso con su mujer, le hizo amordazarlos y propinarles una tremenda paliza tanto a él como a ella, acusándolos de traición al reino, hasta que el cantero juró que volvería a suministrarle las preciadas piedras de sillería que tanto necesitaba el maestro constructor. Y bien era cierto que Damián había progresado vertiginosamente desde que llegasen de su viaje y aunque en esas ocasiones no le había acompañado, su señor había visitado el castillo del rey media docena de veces, siempre engalanado con sus mejores ropajes y siempre con el ligero nerviosismo que invadía a todo aquel que se adentraba en sus estancias. Así que Esteban no sabía si, directamente el rey, o por encargo de alguno de sus ministros, le había ordenado la construcción de nuevos edificios, molinos y murallas, haciendo que negarse a trabajar para él, cuyas construcciones eran órdenes reales, fuese ir contra el reino. Sus habilidades con la trigonometría, geometría y matemática, utilizadas para calcular la posición, los grosores y las formas de los elementos que sostenían sus grandes estructuras generaban el asombro del pueblo; y su sentido del arte en las esculturas, relieves y demás adornos y ornamentos habían hecho que sus construcciones, además de funcionales, fueran admiradas tanto por la plebe como por la nobleza. No en vano Khron se había fijado en él. El dinero y los terrenos con los que era pagado por sus servicios le habían hecho superar el estatus de su padre, quien siempre trabajó a pie de obra y vivió en una modesta casa. Pero a pesar del dinero y de la posición que ahora gozaba, lo importante para él era la magnífica sensación de que con sus creaciones ensalzaba los valores del reino y proyectaba el poder y la grandeza del rey.

—¡A mi par le sumo cuatro... en total dieciséis! —gritó el Tuerto exaltado.

A pesar de la grandeza de los edificios de Khronia, Esteban no se acababa de acostumbrar a ella, a la gran cantidad de gente que se agolpaba en sus calles por el día y a las oscuras y tenebrosas criaturas que la recorrían de noche. Ruidosa hasta la locura y maloliente hasta la arcada. No había día que no apareciera algún cadáver por sus calles, que los soldados de Khron sacaban diligentemente de la ciudad para alimentar a

las bestias, sin pararse a investigar las causas de la muerte. Por las calles de la ciudad siempre se decía que si había alguna muerte en Khronia era porque el rey así lo quería, y la preocupación se evaporaba de las cabezas en segundos. Y es que si había habido algo que había aumentado en la ciudad, eran las muertes de todo tipo de criaturas, cuyos cuerpos aparecían colgados en las murallas ya fuese por el cuello, los brazos o los pies y cuyos gritos de agonía hasta la expiración se sumaban al ruido continuo de las calles. Su delito, la traición por haber colaborado de alguna manera con los orcos rebeldes y su castigo, la muerte. Decenas de orcos, varios trolls e incluso media docena de trasgos yacían recién colgados fuera de la muralla y sus cuerpos picoteados por las aves carroñeras mostraban al pueblo el resultado de su traición.

—Ahora me toca a mí —dijo Damián, el último en tirar mientras cogía un par de dados y los lanzaba conteniendo la respiración.

No fue a la primera sino a la segunda cuando obtuvo un par de cincos que le permitieron respirar. El resto de los jugadores le miraban intranquilos. No se explicaban cómo, pero en los últimos días que habían jugado, Damián siempre comenzaba perdiendo cuando la suma de monedas era pequeña y luego acababa tornando el azar para sí, consiguiendo las apuestas más fuertes. ¿Acaso hacía trampas? Los dados habían sido inspeccionados por todos los jugadores al comienzo de la partida prefiriendo los fabricados en marfil a los de madera o metal. Sus caras y aristas habían sido comprobadas a la perfección para que no estuvieran torcidas y se habían hecho rodar para verificar que el peso no estuviera descentrado.

El maestro constructor se rascó con el dado restante la calva y luego lo limpió con su pernera. A continuación lo lanzó a la mesa obteniendo ante la sorpresa de todos un seis. Bernardo soltó un bufido de irritación.

—El Tuerto y Damián han tenido un encuentro a dieciséis. Entre ellos está el ganador —proclamó el viejo barón golpeando con su copa la mesa y terminándosela de un trago.

—Imagino que ambos no flaquearán ahora si la apuesta vuelve a subirse —presionó Pipino, el barón de Piedra Afilada, cuya jugada de dados había acabado en un nueve, siendo eliminado de esa partida.

—¡Claro que no! —soltó rápidamente el Tuerto—. Mi mano no tiembla nunca. Añado a esta ronda mi hermosa capa bordada con los blasones del condado de Unría.

—Añadiré yo entonces mi fíbula cincelada en plata para abrochar tan delicada capa.

Los nobles miraron el valioso adorno ricamente decorado con filigranas.

—¿No os es suficiente la capa? —preguntó enfadado el Tuerto, viendo la reacción de los presentes ante la subida de valor del maestro constructor—, ¡añadiré pues, este collar de oro! —exclamó mientras se lo desabrochaba de su grueso cuello.

El resto de los jugadores dejaron escapar al unísono una exclamación de sorpresa, haciendo que los grupos de hombres que se hallaban a su alrededor desviasen su atención hacia ellos.

Damián observó cómo los ojos se multiplicaban en torno suyo y sin pensárselo dos veces, sacó de su cinto una daga de mango de oro con pequeñas incrustaciones de esmeralda. Tanto los jugadores como los espectadores admiraron con los ojos muy abiertos las dos piezas de oro que relucían en la mesa ante la luz de las velas. El tuerto lanzó los tres dados para ver quién era el que comenzaba primero. Tras su lanzamiento

obtuvo una suma de siete. El maestro recogió los dados y los dejó caer sobre la mesa. Los asistentes quedaron asombrados. Los tres dados mostraban tres unos en sus caras superiores. La gente no podía dar una explicación concreta a esto, pero sacar tres unos en la ronda de designación de turnos, no daba nunca buen presagio.

Esteban observaba a la multitud en torno a la mesa donde se estaba jugando a la riffa. Damián miraba nervioso a su oponente sabiendo que su tirada de unos le podía haber cambiado el destino. Los nervios y la tensión comenzaban a acumularse en torno a la mesa de juego. El tablero observaba desde la puerta de su bodega con inquietud el desenlace del mismo e incluso el músico había dejado de tocar. No eran aquellos nervios más que el reflejo de lo que vivían los ciudadanos de Khronia ante el avance de los orcos rebeldes. La guerra había distorsionado las costumbres de los habitantes de la capital, cuyo trabajo era ahora requerido en los talleres para la fabricación de armas y en el acopio de provisiones para alimentar a los soldados en campaña. El movimiento de soldados era constante, pero las noticias que llegaban eran pésimas.

El Tuerto lanzó su par de dados, que entrechocaron entre ellos antes de reposar sobre la mesa. En su primer lanzamiento obtuvo un par de doses, quedándose petrificado. Con un ligero carraspeo cogió el tercer dado, lo dejó caer rodando por la palma de su mano y obtuvo un tres. En total siete.

Era el turno de Damián quien, motivado por la mala puntuación de Bernardo, agitó nerviosamente los dados entre sus manos y los lanzó, sin llegar a obtener un par. Tuvo que repetir hasta cuatro veces su lanzamiento para ver cómo, tras rebotar los dados sobre la mesa, aparecieron orientados hacia arriba dos puntos negros, uno en cada uno de los dados. La gente comenzó a murmurar alrededor de la mesa. Damián parecía estar acabado y abocado a la pérdida de su dinero y sus valiosas pertenencias, mientras que el Tuerto recobraba un poco el color de su cara. Damián movía nerviosamente los labios al tiempo que entrelazaba sus manos para estirar los dedos. Cuando se sintió seguro, cogió el tercer dado y lo hizo pasar entre los dedos de su mano diestra con ágiles movimientos. Tras varios segundos de malabares lo atrapó con la mano, colocó el dorso hacia arriba y la abrió al tiempo que giraba la muñeca, impulsando el dado para que rodara sobre la mesa. Todos los ojos siguieron el recorrido que hizo el dado hasta acabar chocando con los otros dos, y tras girar sobre uno de los vértices, cayó mostrando un seis en su cara superior.

—Dos y seis, ocho, así que... he ganado —dijo simplemente Damián contemplando cómo el Tuerto miraba atónito con su único ojo los seis puntos del dado.

Los presentes soltaron gritos de júbilo por habérselo pasado tan bien viendo la partida e incluso alguno golpeó en el hombro a Damián, felicitándole por haber ganado. Esteban rio y se reclinó nuevamente sobre el respaldo de su silla, dejándose ensimismar nuevamente en sus pensamientos; mas cuando Damián fue a coger los beneficios de su apuesta, el Tuerto dirigió su mirada al siervo que le acompañaba, señalando ligeramente con su barbilla al maestro constructor y en escasos segundos y sin que nadie se percatase, Damián se encontró con un afilado puñal a escasos centímetros de su cuello. El siervo del Tuerto había ganado la posición diestra de Damián y amenazaba con rebanarle la garganta.

—¡Has hecho trampas Damián! —gritó Bernardo—. ¡Nos estás engañando! De

alguna manera has corrompido el juego para que salga un seis. ¡El azar no te favorecía hoy!

Esteban pensaba en la violencia de la ciudad y en la guerra, y se sentía desprotegido en aquellos momentos tan duros sin la presencia de sus hermanos que siempre habían velado por él pero, ya que le habían dejado solo y su vida ahora era otra, el fuerte debería ser él. El joven se levantó alertado ante el grito del Tuerto, percatándose al instante de lo que pasaba. Dio un par de zancadas y sin pronunciar la mínima palabra, agarró con su brazo siniestro el brazo armado del siervo, le asestó en toda la cara un poderoso codazo con el brazo diestro, que le rompió instantáneamente la nariz haciéndole gemir de dolor. Volvió a golpearle con el codo en el estómago, provocándole un encorvamiento hacia adelante y una relajación de las extremidades y, tras golpear la mano armada contra la mesa haciéndole soltar el cuchillo, cogió la daga de Damián con su diestra y le clavó la mano a la mesa con ella.

Los curiosos se apartaron rápidamente de la mesa e incluso los nobles corrieron hacia atrás sus sillas ante aquel inesperado espectáculo. El siervo sangraba abundantemente por la nariz y por la mano rígida y estirada que se hallaba retenida en la mesa. Esteban le mantenía la cabeza agachada presionándole el cuello con las manos dejándole inmóvil. Damián se levantó y arrancó de un rápido movimiento su daga de la mano, limpiando la afilada hoja en la manga del siervo.

—¡No oses otra vez llamarme tramposo, Bernardo! —dijo Damián apuntando con la daga al Tuerto—. Y mucho menos ordenar a uno de tus siervos amenazarme. La próxima vez Esteban no será tan generoso con ambos.

El maestro constructor recogió de la mesa sus pertenencias, las monedas, la capa y el collar de oro de Bernardo, mientras este le miraba sin moverse de su silla. Damián hizo un ligero gesto a Esteban y ambos salieron de la ahora silenciosa sala bajo la mirada de los presentes.

A la salida, uno de los mozos acercó a la carrera los caballos de Damián y de Esteban. El maestro constructor se subió al suyo ayudado por el joven y el mozo y comenzó a abrocharse con su fíbula la lujosa capa del Tuerto tras haberse colocado al cuello su collar. Esteban montó de un salto en su caballo y, situándose tras él para vigilar su retaguardia, se alejaron de allí al trote. Entre las luces y sombras de las antorchas que iluminaban las callejuelas, Esteban creyó ver cómo Damián lanzaba al aire un dado y lo volvía a coger. Lo que ya no pudo oír fue la risa interna de su señor al recordar cómo había cambiado el dado del tablajero por el suyo en la tirada final y cómo lo había vuelto a cambiar al recoger aquel magnífico collar.



Ougt observaba Isiri-Isi con sus profundos ojos grises desde una alta torre sobre la loma de Lergán. Con sus más de treinta metros de altura, podía divisar subido en ella la amurallada ciudad al Norte. Su vista ya no era la misma que cuando era joven, así que se hacía valer de un vigía a su lado para que le relatase los detalles que él ya no podía distinguir. Aquella mañana, parecía que todo estaba en calma.

A los pies de la torre, se había levantado uno de los siete campamentos que rodeaban la ciudad. El campamento de Lergán había sido construido tan solo unos días después del fallido intento de su conquista. La loma había sido despejada de vegetación en apenas dos semanas, manteniendo tan solo unos pocos árboles sobre los que se apoyaban las rústicas cabañas de madera, construidas por los orcos para pasar el invierno. El general había mandado levantar alrededor de cada campamento una doble empalizada de afilados troncos colocados en vertical. Y bordeando esta punzante barrera había ordenado cavar un pequeño foso, que obligaba a acceder al campamento por un puente levadizo. La gran riqueza maderera de aquellos bosques había hecho posible que día a día y poco a poco los orcos hubieran ido prolongando aquellas empalizadas hacia los campamentos adyacentes, dejando encerrada completamente la ciudad del conde. El hecho de que hubieran tomado no solo el castillo del barón Idacio, sino también el de la vizcondesa Aldonza aún más al Norte, daba a entender la obsesión de los orcos por cortar definitivamente el suministro hacia el ancestral asentamiento humano. Se decía que el cuerpo de la vizcondesa había sido cruelmente despedazado, tras resistir valientemente durante dos días con sus noches un ataque directo sobre su ciudadela, provocando la ira de Ougt y de sus orcos. Orcos que finalmente acabaron poseyendo esas dos fortalezas situadas a ambos lados de la gran vía que unía Isiri-Isi con la capital, asegurándose el bloqueo total de mercancías. Ya solo era cuestión de esperar a que la ciudad cayera en sus manos como fruta madura.

Durante los primeros días de primavera, las nieves que aún permanecían intactas, ocultas al astro de fuego, comenzaron a derretirse ante la subida de temperaturas, dando por finalizados los intensos días de frío del invierno. Una estación que había mantenido en la quietud a la mayoría de los animales del reino, pero no así, a las criaturas superiores.

Isiri-Isi había sido atacada en repetidas ocasiones, provocando el continuo desgaste de sus habitantes. Habían intentado incendiarla en varias ocasiones lanzando centenares de bolas de esparto impregnadas en grasa y envueltas en llamas, pero los

habitantes de la sitiada ciudad se habían movlizado siempre muy de prisa tanto de día como de noche, sofocando los fuegos allí donde se prendían y evitando por todos los medios que se avivaran. Tan solo habían logrado destruir varias decenas de casas, sin que se llegara a provocar el caos que esperaban los asaltantes. En otras ocasiones habían lanzado cadáveres al interior, tanto de humanos como de animales, con el fin de corromper el ambiente de la ciudad y enfermar a sus gentes, pero el lanzamiento de cuerpos inertes había sido retomado por los sitiados, devolviendo hacia los bosques los cadáveres lanzados, añadiendo además los de aquellos habitantes que morían. Incluso en alguna ocasión se habían llegado a utilizar las catapultas para tirar al exterior las inmundicias que comenzaban a acumularse por los rincones de las calles y las murallas. Tan solo una vez el general había ordenado atacar la puerta Sur, habiendo fabricado para ello un gran ariete, mas en aquella ocasión pudo comprobar que las fuerzas de los fieles al reino, aun mermadas en su encierro, repelieron el ataque concentrando todos sus efectivos sobre las murallas, evitando que la primera puerta fuese derribada, aunque sí descerrajada. La debilidad de su entrada Sur fue entonces la máxima preocupación del conde, que finalmente resolvió bloqueándola completamente, arrancando incluso piezas de mampostería de sus propias murallas para tapiar aquel acceso y que no pudiera ser terminado de derribar. Prácticamente cada día era un nuevo reto para el conde y sus vasallos, pues de continuo eran hostigados y encima en su situación, cualquier nimio problema interno se volvía una gran flaqueza y causa de riñas y altercados.

Desde el primer día Galberto comenzó a racionar el contenido de sus despensas y silos, repartiendo escrupulosamente a cada familia y a cada soldado lo que les correspondiera. El agua era un bien escaso, por lo que desde el primer momento tan solo se pudo utilizar para calmar la sed de tropas y animales, sin derrochar ni una sola gota en aseos o riegos. Toda la nieve fue recogida y depositada sobre grandes superficies de madera para que al derretirse pudiera ir reabasteciendo a las cisternas horadadas en la roca. Alimentarse con la escasa comida y contada bebida durante las continuas semanas de sitio, hizo que la fuerza y salud de los soldados y los habitantes fuera decreciendo y malográndose y el cansancio y las caras de desánimo se convirtiesen en algo frecuente sobre las colinas.

La moral de los orcos fieles al reino era vapuleada diariamente desde la linde de los bosques, desde donde los rebeldes continuamente les incitaban al motín y a la unión a su causa. Les reprochaban el daño que estaban haciendo con su actitud a su especie y les amenazaban con horribles muertes en caso de que fueran cogidos con vida. Si no se rendían o hacían rendir la ciudad, les esperaban horribles torturas que tratarían de prolongar al máximo hasta que murieran. Los humanos de la ciudad no hacían mucho caso a los gritos de los orcos, principalmente porque no los entendían y también porque no temían la fidelidad de los orcos durganos reales que ya habían demostrado su valor y coraje en defensa de la ciudad durante la primera batalla. No obstante las escaseces que comenzaban a hacerse patentes a ojos vista en la ciudad y las continuas arengas de los rebeldes provocaron que una noche, cinco orcos que allí habitaban, regentando uno de los múltiples talleres, escapasen colgándose de una cuerda desde lo alto de las murallas, asfixiados como se sentían en su encierro. Corriendo hacia el bosque trataron

de huir, pero tras rápidamente haber dado la alarma un vigilante que hacía su ronda, los arqueros apostados en las murallas los atravesaron con sus flechas por la espalda sin que ninguno de ellos llegara siquiera a alcanzar las proximidades de la linde. Este hecho, que apenas tuvo relevancia en el enfrentamiento por su rápido desenlace, provocó en cambio, que los humanos comenzasen a dudar de los orcos que había allí con ellos, y comenzaron a temer que si la presión y la escasez que ya rozaba la desesperación, se prolongasen varias semanas más, podrían tener un serio problema dentro de sus murallas.

En dos ocasiones el conde había intentado romper el cerco siempre por el Norte y siempre en dirección a Khronia, pero los campamentos cercanos a la vía, y las dos fortalezas tomadas, hacían que el camino fuese extremadamente peligroso, y a pesar de haber realizado combates donde su caballería y su infantería habían ejecutado impecables cargas contra las defensas orcas, habían tenido que acabar regresando a la ciudad sin haber llegado a descomponerlas, perdiendo por el camino valerosos infantes y caballeros. El conde todavía se empeñaba en mantener con vida a sus caballos a pesar de la incipiente escasez de alimento, porque veía que si se libraba de ellos, sus fuerzas quedarían reducidas prácticamente a la defensa, sin medios con los que realizar un ataque. Se había visto forzado a ordenar que aquellos caballos que volvían heridos del combate y morían en la ciudad, fuesen utilizados para alimentar a sus hambrientas tropas antes que a la población, ya que necesitaba contar con un mínimo de soldados con fuerzas sobre las murallas, ante los continuos asaltos de los rebeldes. El conde prefería perder a ciudadanos del vulgo antes que a sus soldados, así que comenzó a colocar a los habitantes de la ciudad en los adarves, para que turnasen a sus mermados y exhaustos vigilantes. Algunos días, varias pequeñas tropas habían salido de las murallas para recorrer las cercanías del bosque y recolectar plantas y cazar animales con los que alimentarse, pero las tropas que patrullaban los bosques provenientes de los campamentos cercanos, hacían de esta tarea algo mortal. Las refriegas que se habían dado entre pequeños grupos de soldados reales y rebeldes, siempre habían acabado con muertos y heridos y en alguna ocasión ninguno de los componentes de algún grupo había conseguido regresar.

Según pasaban los días, los habitantes de la ciudad se debatían entre lamentar las pérdidas de los soldados que no volvían, con la consecuente reducción de su protección, y la alegría por saber que había menos criaturas con las que compartir las escasas reservas. Y al tiempo que los astros de luz y oscuridad recorrían incansables los cielos, las esperanzas de que su rey rompiera el sitio y los liberase, comenzaron a quedarse atrás y a olvidarse.

Reo miraba las caras demacradas de sus hermanos que reflejaban tras casi cuatro meses de asedio el agotamiento y la delgadez. Hasta el momento, habían superado las penalidades y sufrimientos que habían ido llegando. Bertrán cojeaba un poco desde que uno de los caballeros del conde pasó tan cerca de él, que su caballo estuvo a punto de romperle el pie de un pisotón con uno de sus cascos. Aunque no llegó a provocarle una herida sangrante, el derrame interno que le había causado le había dejado el pie amoratado e hinchado. Bénim tosía a menudo llevándose las manos al pecho; la fortaleza natural del joven había quedado debilitada por los continuos golpes recibidos

y las continuas heridas que no terminaban de curarse. Había participado en no pocas incursiones en el exterior y a pesar de haberse siempre encontrado resistencia orca, siempre había regresado. Roque acababa de tumbarse sobre el lecho exhausto. Su cuerpo estaba cubierto de barro y sus manos ensangrentadas. No tuvo ganas de hablar con sus hermanos, simplemente se acomodó lo mejor que pudo y trató de dormir. Reo echó una última mirada a sus hermanos y se levantó. Era el turno de relevar a Roque en sus trabajos. Al atravesar el barracón para salir, pasó su mirada por los lechos que yacían ya vacíos y sin dueño y observó con curiosidad a los pocos orcos que dormitaban arremolinados en una esquina. Tras aquellos meses de intensa convivencia con los orcos durganos de su mesnada, que permanecían fieles al rey, entendía la presión a la que estaban sometidos y los pensamientos confusos que les machacaban, y que a más de uno le hacían delirar en sueños, entre incomprensibles gruñidos. Solo el apoyo que se daban los unos a los otros les hacía resistir su tremenda situación y asombraban a los hermanos cada día cuando comenzaban nuevamente sus peligrosas tareas con renovadas fuerzas. No cabía duda que aquel pueblo orco sabía trabajar muy duro.

Bajando desde su colina ubicada en el Suroeste, Reo pudo contemplar el lamentable estado que presentaba la ciudad, que ya no tenía nada que ver con la impresión que le había causado al llegar. Más de la mitad de los edificios y casas se hallaban de alguna manera dañados, ya fuese por los impactos de las piedras y troncos que lanzaban los rebeldes o por los incendios y el abandono. Cada día se derrumbaba alguna techumbre o pared sin que hubiese disponible maderos para apuntalarlos, y es que se necesitaban todos para otros menesteres.

Desde que un día el conde Galberto observó, subido a su torre del homenaje, cómo los orcos comenzaban a cavar profundas trincheras en la explanada que rodeaba la muralla sin que pudiera hacer nada para evitarlo, le invadió un permanente estado de alarma y un mal genio terrible. La falta de incursiones fuera de la ciudad en la última semana por la debilidad de sus tropas, había hecho que los orcos hubiesen comenzado a excavar rápidamente corredores por los que acercarse poco a poco sin que pudieran ser repelidos. La lejanía inicial desde la que comenzaron y la colocación en sitios precisos de robustos parapetos de madera, habían impedido que los arqueros y ballesteros de la ciudad hubieran podido alcanzar a ni un solo orco en los últimos días. Y lo peor de todo es que Galberto sabía las intenciones de los rebeldes, y si ya de por sí tenía problemas para cubrir toda la muralla con sus tropas, ahora debía destinar a otros tantos hombres a otros trabajos.

Ougt sabía que la fortaleza de la ciudad era su sólida muralla, y sabía que, si en algún punto, la muralla caía, Isiri-Isi no tardaría en caer. Así que si no se podía acercarse a ella por la superficie, lo haría por debajo de ella. Los orcos habían medido muy bien las fuerzas de Galberto, debilitándolas hasta dejarle, definitivamente, encerrado tras sus murallas. Perdida completamente su posibilidad de volver a realizar una incursión por el Norte y estrechado el cerco de la ciudad al máximo, ya solo debían trabajar en hundir sus defensas.

Un nuevo temor invadió a los sitiados al saberse que los orcos comenzaban a cavar túneles alrededor de la ciudad. Hasta cinco diferentes entradas había localizado el conde, con la ayuda de su búho real, dispersas por la explanada o en las lindes. Cada

día, Galberto dedicaba varias horas en trazar líneas imaginarias desde las entradas a los puntos más cercanos de las murallas con la intención de descubrir hacia donde estarían cavando, descartando los peñones de roca dura sobre los que se asentaban algunos tramos. Hacía dos días había recorrido todo el perímetro de la muralla observando palmo a palmo cualquier indicio sospechoso y, tras comprobar unas pequeñas grietas y consultarlo una decena de veces con sus capitanes, dedujo que un tramo de lienzo se había corrido unos centímetros. Así que con la inquietud de que los orcos estuvieran ya dañando los cimientos de aquel tramo, ordenó a un nutrido grupo de soldados y campesinos, que se pusieran a cavar hasta llegar a la base de la muralla para localizar el posible túnel que estuvieran haciendo los orcos. Desde ese día decenas de humanos se afanaban en la excavación, a pesar de sus escasas fuerzas, con sus pensamientos divididos entre la preocupación por la locura que pensaban que se había apoderado de su señor, y la preocupación por encontrar el túnel y toparse de bruces con los orcos. Aunque todos sabían que mucho peor sería no encontrarlo.

El sudor y la fatiga pasaron de estar sobre las murallas a estar bajo las mismas. Tanto los rebeldes como los fieles al reino se esforzaban bajo tierra en objetivos distintos. Mientras que los primeros buscaban minar y hundir las defensas, los otros trataban de dar con ellos, excavando en diversas direcciones en la oscuridad de la incertidumbre. Tan solo las continuas arengas de sus superiores sitiados instando a los trabajadores a no dejar de cavar, para evitar que la poderosa ciudad de Isiri-Isi cayese en las sucias manos rebeldes, hacían que las fuerzas de los defensores no flaqueasen durante las largas jornadas bajo tierra. El conde se encargaba diariamente de transmitir a sus capitanes y estos a su vez a los soldados y a los ciudadanos que la deshonra que caería sobre ellos si aquella ciudad, que siempre había permanecido en manos humanas desde su fundación, fuese tomada por los orcos, sería mucho peor que la peor muerte. Así que de esa manera supo cómo hacer que todos los humanos de la ciudad sintieran la necesidad de esforzarse más todos los días, para no ser los culpables de entregar Isiri-Isi a sus asaltantes y sufrir los tormentos del deshonor.

El general orco era la primera vez que se enfrentaba a una fortaleza tan dura y bien defendida. Sus bien entrenados soldados y sus tercos ciudadanos hacían que él se hubiese quedado estancado allí, mientras que los líderes de otras tribus orcas avanzaban ya hacia el Norte, venciendo en otras plazas fuertes sin haber sufrido tantas muertes. La presión que aumentaba sobre él cada día que pasaba, sin que Isiri-Isi se hubiera rendido, le había hecho cambiar de estrategia en varias ocasiones, pero el conde Galberto, la Rata Rubia como él le llamaba, se anticipaba con una gran visión de la batalla y le hacía perder la ventaja. Incluso se había visto obligado a escavar aquellos túneles para minar las defensas, utilizando una técnica que jamás había utilizado y que le había parecido además de lenta, peligrosa. Pues la pérdida de orientación que sufrían sus poco entrenadas tropas en aquella estrategia, les hacían profundizar demasiado o desviarse muchos metros de su objetivo y los continuos derrumbes había provocado no pocos muertos y heridos, aumentando su desesperación.

Por si fuera poco, los consejeros de Branna le enviaban ásperos mensajes donde le azuzaban a que terminase de una vez el sitio que había comenzado. Que la horda no se podía permitir tener aquella ciudad en la retaguardia mientras ellos avanzaban hacia

Khronia y que las tropas que había allí apostadas eran necesarias en el frente. Ougt sentía que cada día su valía como general era puesta en duda por los consejeros durganos y su rabia crecía. La humillación más grande la había recibido hacía un par de semanas, cuando Otok le comunicó que el líder huquita Guburc avanzaba desde el Sur para unirse a sus estancadas tropas y aplastar definitivamente aquella simbólica ciudad humana.

Mientras permanecía subido en aquella torre de Lergán, creyó oír arrastrado por el viento el sonido del poderoso cuerno de guerra de los huquitas avisándole de su llegada.